

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal:** J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN:** 2341-0086

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

**11ª Edición:** diciembre del 2023

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

***Relatos de la Guerra Civil***

***de***

***Leon Cohen Mesonero***

## Historias de la Guerra Civil

### 5.- El hombre que no mato a Bocanegra

L. llegó al campamento de Cerro Muriano (Córdoba), en septiembre de 1968. Era junto al de Obejo uno de los dos centros de instrucción y reclutamiento (CIR) de la zona. Eran el tercer y último reemplazo de aquel año. Quedaban tres meses de entrenamiento como reclutas de Infantería. L. pasó a formar parte de la 7ª Compañía, compuesta por 250 reclutas bajo el mando del capitán De la Lastra y del teniente Vergara. Entre los mandos intermedios había también dos alféreces y un sargento de complemento, además de un cabo primero cordobés que cumpliría en ese trimestre los meses reglamentarios de servicio militar y se licenciaría. De este último L. había olvidado su nombre, pero no su estampa ni su acento cordobés. Era un joven de la misma edad que L. que no podía disimular su esfuerzo por aparentar ser muy autoritario, pero que demostraría con el transcurrir de los días ser muy buena persona. El capitán Lastra era más joven y menos rudo que el teniente Vergara, pero como suele ocurrir, también era menos cercano y empático que el teniente, que parecía un hombre avezado, al que seguramente la vida le había enseñado sus matices, sus más y sus menos, y la tonalidad variable de su gama de colores. Como decía Machado: "Todo es cuestión de medida: Un poco más, algo menos..."

Para L., de las cosas inolvidables de aquella estancia, una sin duda era el calor insoportable, de hecho, cualquier día de instrucción se cobraba el desmayo de uno o dos reclutas. La otra, eran las cantinas dispersas por el monte, adonde solían ir los soldados por la noche a cenar aquellos entrañables y deliciosos huevos fritos con patatas y chorizo. Pero más entrañables si cabe, fueron algunas amistades, entre las que destacar al que fue su amigo del alma y del sentimiento: Francisco Romera Roncero, con el que tuvo la suerte de toparse, nunca mejor dicho, cuatro años más tarde en Sevilla. También recordaría siempre a Ramón Chaveli Vargas de Jerez de la Frontera, ya fallecido, personalidad y artista complejo con el que nació desde el primer momento una enorme simpatía. Y al profesor de Griego, el gaditano Salvador Cornejo Barrera, fallecido recientemente, él y L. se dedicaron a instruir a muchos reclutas analfabetos que entonces abundaban. No olvidaría cómo Salvador enfatizaba e insistía sobre el "se me" para corregir el tan vulgar, común e incorrecto "me sé". Grecia, le decía a L. es la base y la madre de Occidente, no lo olvides nunca amigo.

El dormitorio estaba amueblado, por decir algo, con literas para dos personas. L. no era capaz de recordar, pasados tantos años, el nombre ni los apellidos de su compañero de litera, al que desde este momento se le antojaba bautizar como Juan el de Rota. Juan era alto, fornido y muy temperamental. Esa apariencia, no obstante, escondía una sensibilidad muy a flor de piel y una gran

emotividad. Era un tipo de bien en el que uno podía siempre confiar. Sin llegar a ser amigos, fueron buenos compañeros de litera, compartiendo respeto y aprecio mutuo.

Una noche de septiembre u octubre, el teniente Vergara entró en el dormitorio con cara de pocos amigos y les mandó formar. Parecía enfadado y recorría la formación con paso firme y la cabeza gacha. Empezó entonces un discurso del que L. no recordaba ni una palabra. Pero lo que le quedó grabado para siempre, fue el grito de negación de su compañero Juan, que formaba junto a él, ante una afirmación del oficial. El teniente, más que sorprendido, estupefacto, se metió entre las filas de soldados y se encaró con Juan. ¿Qué has dicho le preguntó? Y sin esperar respuesta le dio un tortazo. Juan se derrumbó presa de un ataque de nervios y hubieron de sujetarlo entre varios compañeros.

Pasado ese incidente, que no llegó a más por la bonhomía del teniente Vergara, Juan le contó una noche a L. la historia de su padre con uno de los hermanos Bocanegra durante la guerra civil. Un apellido que oía por vez primera aquella noche y que siempre le acompañaría.

Los hermanos Jacinto y Pedro Bocanegra se distinguieron durante el golpe militar y la subsiguiente guerra civil, por sus "hazañas" tanto en las provincias de Cádiz como de Málaga. Ambos hermanos nacieron en el norte de España y se trasladaron con su padre al Puerto de Santa María donde se instalaron. Jacinto y Pedro fueron miembros destacados de Falange tanto en Rota como en el Puerto.

El padre de Juan que era a principios de la contienda civil, una especie de ayudante de campo de Jacinto Bocanegra, según el narrador, no pudo evitar presenciar varios episodios en los que se manifestó lo que él consideró como terrible crueldad de su jefe. Según contaba Juan, una idea casi obsesiva se apoderó a partir de entonces del ayudante de campo: ¡Tenía que matar a Bocanegra! Y como poseído por su idea, se afanó en buscar la ocasión y el momento de ejecutarla. Se le presentaron varias oportunidades, una de ellas una noche en una tienda de campaña. Tenía a Jacinto de espaldas, sentado en su mesa, llegó incluso a tener la pistola empuñada para ejecutarlo, pero no se sabrá nunca si por miedo o por escrúpulos o por algo más fuerte y complejo que su deseo y su voluntad, no fue capaz de apretar el gatillo.

Pasado el tiempo, mucho tiempo, mientras reflexionaba sobre el relato de los hechos que Juan le narró, L. se puso a imaginar que quizás al padre de Juan se le acumularon en los últimos y decisivos instantes, cuando ya empuñaba el arma, varios destellos de lucidez, a pesar de la evidente confusión. Como que matar a un hombre de espaldas, que confiaba en él y que además era su jefe, no dejaba de ser una suma de cobardía y traición, además de deslealtad e indisciplina. Seguramente su

propio sentido moral y ético hicieron el resto, se dijo L. Incluso a lo mejor, le dio tiempo a pensar que ese acto lo convertiría en alguien que no se aceptaría nunca a sí mismo. L. recordó entonces la frase de J.P. Sartre: "Un traidor que traiciona es un traidor que se acepta". El padre de Juan no pertenecía con toda probabilidad a esa estirpe, se dijo L..

Según su hijo, pasados los años y finalizada la guerra, a su padre siempre le persiguió y cargó con el remordimiento y la culpa de no haber sido capaz de llevar a cabo su propósito. Su hijo Juan rompía a llorar mientras contaba aquella historia que él mismo acabó asumiendo como propia. Amigo le decía a L., mi padre no tuvo el coraje de matar a aquel asesino y de vengar la muerte de tantos inocentes y de evitar la de los quedaban por venir.

L. quedó impresionado de cómo Juan compartía con su padre el sentimiento de culpa y de algún modo también parecía transmitirle a L. aunque de manera inconsciente, la necesidad de redimirlo. Pero eso ya no era posible en 1968, porque Jacinto Bocanegra, murió en el frente de batalla en 1938 o 39 cerca de Córdoba.

Aquella noche el joven L. no pudo evitar sentirse solidario con el padre de Juan y con él. Llegó a preguntarse cuál habría sido su proceder aquella noche en la tienda de campaña, de haber estado en el lugar del padre de Juan. Conmovido por la historia que aquel emocionado compañero le había contado, aquella noche L. odió a Bocanegra sin saber quién era, y se compadeció del padre de su amigo.

Epílogo: L. tardó muchos años en volver a esta historia que recibió de Juan el de Rota. Y más aún en narrarla por escrito, aunque muy a su pesar tuviera que recurrir a nombres ficticios de unos personajes que fueron de carne y hueso, quizás por respeto a sus descendientes. Aunque en L. lo que primaba más no era la denuncia de unos hechos acaecidos en unos tiempos convulsos y en una contienda fratricida, sino el deseo y casi deber de rendir homenaje al padre de Juan y a todos aquellos héroes anónimos cuya valentía era de admirar. Pues, en definitiva, la verdadera Historia se escribe con letra pequeña y los héroes anónimos son sus verdaderos protagonistas...Al terminar el relato L. tuvo la sensación de que su compañero de litera siempre se lo agradecería.

Abril de 2023